

LA NOCIÓN DE NIHILISMO EN PADRES
E HIJOS | DE IVÁN TURGUENIEV

UNIVERSIDAD DE VALENCIA

MARTA GIL

ORIGEN Y SIGNIFICADO DEL TÉRMINO

Como señala Franco Volpi, numerosos teóricos han afirmado con frecuencia que los padres del nihilismo son Dostoyevski y Nietzsche, el primero en el ámbito literario, y el segundo en el filosófico. Lo cierto, no obstante, es que podemos remontarnos a una procedencia aún anterior a estos autores. Parece ser que el primero en reivindicar la progenitura del término fue Turgueniev en su novela *Padres e hijos* de 1862, tal como manifestó el propio escritor en una retrospectiva autobiográfica¹. Dicho vocablo designa, según Turgueniev, la actitud ante la vida de uno de los protagonistas de la novela: Basárov. En el carácter de este personaje se encarnarían algunas ideas, creencias, y formas de actuar, tanto en el ámbito teórico como en el práctico, que estaban surgiendo en la realidad histórica de la época: aquel conjunto de principios (si es que podemos denominarlos así), que posteriormente tomarían el nombre de “nihilismo”.

El término “nihilismo”, sin embargo, ya había sido utilizado por otros autores, como por ejemplo el crítico romántico N. I. Nadedjin, que escribió el artículo “La asamblea de los nihilistas” en 1829, definiendo a los nihilistas como aquellos que de nada saben ni de nada entienden. Max Stirner, por su parte, afirmó que no somos nada, pero no en el sentido de un vacío, sino una nada creativa; los seres humanos somos creadores de cosas. También con independencia del ámbito ruso el término había sido utilizado ya. Así, el escritor alemán Karl Ferdinand Gutzkow tituló a un relato suyo “Die Nihilisten” en 1853. Jacobi, en una carta a Fichte escrita en 1799, le acusa de que su idealismo es nihilismo, puesto que de su reelaboración del idealismo kantiano se deriva que no existe nada fuera o independientemente del ego, ya que todo son proyecciones tuyas, y que el ego mismo no es nada más que un mero producto del poder de la imaginación libre³. Incluso mucho antes que estos autores, San Agustín de Hipona denominó de este modo, “nihilistas”, a los no creyentes, los cuales serían acusados de herejes posteriormente. A Turgueniev, no obstante, hay que reconocerle el mérito de haber popularizado la noción de nihilismo.

A pesar de estas apariciones del término, el sentido que éste posee en el texto de Turgueniev es similar al que presenta otro autor ruso, Nikolai Cernysevski, en su novela de agitación social *¿Qué hacer?*, de 1863. En

dicha obra se aboga por una negación de los viejos principios, defendiendo posiciones tales como el materialismo, la abolición de la tradición y la eliminación de las convenciones, la liberación de la mujer o la lucha por la causa del pueblo. Cabe recordar que los años en los que transcurre la novela *Padres e hijos* se corresponden con una época en la que se dieron grandes cambios sociales en Rusia, que culminan con la liberación de los campesinos y la eliminación del servicio de la gleba. De este modo, en la novela se contraponen dos actitudes distintas que constituyen un conflicto generacional: la de los padres, enraizados en los ideales humanísticos tradicionales; y la de los hijos, que se muestran rebeldes desencantados con los viejos ideales, con una visión del mundo radicalmente escéptica, científicista y utilitarista. Veamos ahora en el texto de Turgueniev con qué palabras describe la generación joven en qué consiste ser un nihilista, la primera vez que aparece el término en la novela:

–¿Qué es Basárov? ¿Desea usted, tío, que le explique quién es Basárov?

–Hazme ese favor, querido sobrino.

–Pues es un nihilista.

–¿Cómo? –preguntó Nikolai Petróvich, mientras que Pável Petróvich quedaba inmóvil, con el cuchillo en el aire, untado de mantequilla.

–Es un nihilista –repitió Arkadi.

–Nihilista, según tengo entendido, procede del vocablo nihil, que significa nada –dijo Nikolai Petróvich–. En consecuencia, ¿ese término define a una persona que..., no reconoce nada?

–Di mejor que no respeta nada –aclaró Pável Petróvich volviendo a untar mantequilla.

–Que todo lo considera con sentido crítico –observó Arkadi.

–¿Y no es lo mismo? –preguntó Pável Petróvich.

–No, no es lo mismo. Nihilista es un hombre que no acata ninguna autoridad, que pone en duda y no acepta ningún principio, por muy respetable que sea.

Así pues, mientras que según la generación de los padres deben existir ciertos principios o normas sociales que deben ser respetadas, en opinión de los jóvenes se ellos, y más aún de las autoridades que los sustentan. De este modo, la generación de Arkadi y Basárov ha perdido ya la fe en la religión, en unas reglas inamovibles (por ejemplo, en lo que respecta al matrimonio o a los modales), y, sobretodo está marcada por el materialismo y una visión pragmática y positivista del mundo. Costumbres, prejuicios, tradiciones y modales, por tanto, no son ya más que usos artificiales y ridículos que deben ser desechados. De este modo, los jóvenes niegan los viejos principios, pero, al contrario de lo que pudiera parecer a primera vista, no para dejar en el espacio que éstos ocupaban un vacío, sino para llenarlo con otros nuevos. Cuando Arkadi explica a su padre y su tío que su amigo Basárov es un nihilista que no acata ningún principio o autoridad, uno de ellos le contesta:

–¿De veras? Bueno, eso no va con nosotros. Pertenece al siglo pasado y creemos que sin “principios” –Pável Petróvich pronunció esa palabra suavemente, con acento francés, mientras que Arkadi, por el contrario, la pronunciaba con acento ruso–, sin admitir esos principios, como tú dices, es imposible dar un paso, es imposible respirar (...). Antes había hegelianos y ahora, nihilistas. Veremos cómo vais a existir en el vacío, en un espacio sin aire (...).

En este fragmento se puede observar, efectivamente, que los viejos principios están siendo sustituidos por otros distintos. Toda tradición es ahora vista críticamente, sometida a revisión y, si es necesario, a negación. No es que Basárov, como tantos otros jóvenes del siglo XIX, no crea en nada, sino que cree únicamente en lo que se puede demostrar experimentalmente. No está de más reseñar que a finales de dicho siglo las tendencias positivistas, evolucionistas y los avances científicos y técnicos suplantaban también el idealismo hegeliano, que había sido la tendencia de pensamiento imperante hasta el momento. De este modo, son muy numerosos los que asumen la tecnología y la ciencia como su bandera más

representativa, y heredan el espíritu positivo que Comte ya ensalzó unos años antes. En contra de la filosofía de Hegel, se erigen como crítica, desde distintas perspectivas, el marxismo, el ya mencionado positivismo de Comte y también el amargo pensamiento de Schopenhauer. Años después, marxismo y positivismo seguirán una deriva similar, desembocando en el evolucionismo, y también en la fascinación por la técnica. Estas tendencias de pensamiento podrían agruparse en una visión que podríamos calificar de reduccionismo naturalista. Desde esta perspectiva todo lo que acontece, incluso aquello que hasta el momento se había adscrito al dominio de lo espiritual, puede reducirse a un conjunto de hechos sometidos a leyes de la naturaleza, y que, en consecuencia, pueden ser explicados, exclusivamente, en virtud de ellas. Veamos otro fragmento en el que se pone de manifiesto dicha admiración por el positivismo y el materialismo, que se convierten en los nuevos principios de las generaciones jóvenes:

–¿Se dedica principalmente a la física? –inquirió a su vez Pável Petróvich [a Basárov].

–Sí, a la física y en general a las ciencias naturales. (...)

–¿Mas cómo entonces Arkadi Nikolaiévich nos ha dicho hace unos momentos que usted no admite ninguna autoridad ni cree en ellas?

–¿Y para qué voy a reconocerlas? ¿Y en qué voy a creer? Si me demuestran un hecho, yo lo acepto, eso es todo. (...) [Pável Petróvich refiriéndose a los intelectuales alemanes]

–Los de otros tiempos todavía podían pasar: tuvieron un Schiller o un Goethe...Mi hermano, sobre todo, siente gran admiración por ellos. Pero de entre los de ahora sólo hay químicos y materialistas..

–Un buen químico es veinte veces más útil que un poeta
–le interrumpió Basárov.

Efectivamente, en las primeras décadas del XIX en Alemania, la forma de pensamiento imperante era el idealismo de herencia kantiana. Con la crisis

del hegelianismo, sin embargo, hicieron irrupción las nuevas ciencias experimentales en forma de positivismo materialista, como ya hemos sugerido. Por lo que respecta al pensamiento filosófico de la época, Ludwig Feuerbach se convierte en el principal exponente de la izquierda hegeliana, reprochando a Hegel que ha transformado el mundo sensible en una manifestación del Espíritu, racionalizando de este modo la teología cristiana. Feuerbach sostiene, por el contrario, que la realidad es sensible, y que el ser humano es un sujeto cuyas necesidades son, ante todo, materiales. Así pues, también desde el punto de vista filosófico la realidad, tanto humana como natural, pasa a ser entendida como material. Más tarde Marx retomará la crítica de Feuerbach, pero ampliándola. Según Marx, ésta únicamente se movía en el ámbito académico y teórico, pero un mero análisis de estas características estaba carente de toda dimensión práctica. Lo que Marx pretenderá será descubrir las causas materiales que subyacen a los fenómenos que se dan en la realidad para poder orientar y hacer efectivos cambios. No en vano, las ideas marxistas se encuentran detrás de gran parte de los cambios sociales que se dan hacia la segunda mitad del XIX, tanto en Europa como, posteriormente, en la propia Rusia.

NIHILISMO Y REVOLUCIÓN: EL SENTIDO POLÍTICO DEL TÉRMINO

Como el propio Turgueniev declara, todo apunta a que, una vez el concepto de “nihilismo” caló en la sociedad del momento, escapó de las manos de su creador, y pasó a tener un significado en cierto sentido peyorativo, puesto que fue asociado de manera sistemática con las súbitas transformaciones que se estaban dando en la Rusia del XIX. En palabras del mismo autor:

No en el sentido de un reproche, no por un propósito de mortificación utilicé aquella palabra, sino como expresión precisa y exacta de un hecho real, histórico; ella fue transformada en un instrumento de delación, de condena inapelable, casi en una marca de infamia.

Coincidiendo con lo que afirma Turgueniev, E. Pardo Bazán sostiene que, efectivamente, el nihilismo nada tuvo que ver con la política en sus

orígenes, y manifiesta que, durante la época de 1860 a 1870 se apoderó de la juventud rusa una “especie de fiebre negadora, una feroz antipatía contra todo lo existente, autoridades, instituciones, ideas usuales y dogmas rancios”. Aún hubo que esperar unos años, hacia 1871, para que se extendieran noticias a propósito de la comuna de París y de la Internacional europea, y los nihilistas comenzaran a moverse y asociarse, para finalmente pasar a la acción revolucionaria. En los años sesenta del siglo XIX las ideas nihilistas se difundieron a gran velocidad, y fueron, sobre todo los jóvenes los que se impregnaron de su fuerza incendiaria, sin que ello llegara a suponer, sin embargo, ningún logro en particular. De hecho, muchos de estos jóvenes fueron encarcelados, como el mismo Cernysevski o bien murieron. De este modo, el nihilismo nunca llegó a constituirse como algo parecido a un partido político; bien al contrario, y quizá precisamente a causa de que no había ningún credo o programa oficial que pudiera adscribirsele, bajo su bandera se adhirieron diversas formas de entender la revolución.

Entre tanto, los conflictos sociales siguieron sucediéndose, con las gentes reclamando transformaciones radicales. En Rusia, por ejemplo, dichas transformaciones empezaron por la muerte del zar Alejandro II, como símbolo del abatimiento del poder imperante, que, murió a causa de un atentado en 1881, trayendo como consecuencia un recorte de las libertades civiles en Rusia y el aumento de la brutalidad policial, es decir, la vuelta a la represión autocrática. Los nihilistas políticos asociaron el nihilismo a la acción revolucionaria más extrema, destacando entre ellos Necaev. No es casual, entonces, que terminara por designarse con el término “necaevistas” a los nihilistas políticos más radicales e intransigentes. Mientras que dicho revolucionario ruso no suele ser muy conocido en nuestra cultura sí lo es para nosotros alguien que estuvo muy vinculado con él, y de quien se dice incluso que fue inspirador y coautor de algunos textos conjuntos: M. Bakunin. De hecho, Bakunin se autoinvistió “fundador del nihilismo y apóstol de la anarquía”, afirmando que “para vencer a los enemigos del proletariado era necesario destruir, todavía destruir más, y destruir siempre, ya que el espíritu destructor es al mismo tiempo el espíritu constructor”¹¹. De este modo, el vehemente Bakunin contribuyó también a proyectar esta imagen radical y política del nihilismo, y a asociarla a tendencias anarquistas, socialistas, utópicas y libertarias.

La tensión existente entre las clases sociales de la Rusia de finales del XIX también se hace patente en la novela de Turgueniev. Pável Petróvich representa a esa clase que se siente identificada con la aristocracia, y, a lo largo de la novela, podemos observar cómo trata de hacer alarde de ello a través de su forma de actuar: pronunciando palabras de manera exageradamente afectada, o con acento francés; vistiendo un atuendo refinado y atusándose minuciosamente, a pesar de que resulta absurdo mantener estas costumbres, teniendo en cuenta que vive en una casa solitaria en el campo, alejado de la vida de sociedad; conduciéndose con unos modales perfectamente protocolarios, etc. Basárov, por el contrario, desdeña profundamente los convencionalismos, y no sólo procura apartarse de ellos, sino que además se burla constantemente de aquellos que los siguen, como por ejemplo, los viejos Petróvich. Aunque no lo reconozca explícitamente y reniegue de todo, Basárov también es hijo de su tiempo, y la necesidad de cambios sociales que impregna la atmósfera del momento, también hace mella en él:

En referencia a la necesidad de destruir el orden establecido] –El estado actual del pueblo lo exige –añadió Arkadi con gravedad –. Nuestro deber es satisfacer esas exigencias; no tenemos derecho a entregarnos al egoísmo personal.

Esa última frase, al parecer, no gustó a Basárov, pues sonaba a filosofía, es decir, a romanticismo, y él consideraba también que la filosofía era romanticismo; pero juzgó inoportuno contradecir a su joven discípulo. –¡No, señores, no! –exclamó en un súbito arranque Pável Petróvich–. No puedo creer que ustedes conozcan verdaderamente al pueblo ruso, que sean representantes de sus demandas y de sus aspiraciones. No, el pueblo ruso no es como ustedes se lo imaginan. Es patriarcal, no puede vivir sin fe, las tradiciones son sagradas para él... (...)

–Mi abuelo labraba la tierra –respondió Basárov con altanería–. Pregunte a cualquiera de sus propios campesinos en quién de los dos, en usted o en mí, reconoce mejor a un compatriota. Pero usted ni siquiera

sabe hablar con ellos.

De este modo queda patente, una vez más, que el principal conflicto dramático de la novela radica en el enfrentamiento entre dos formas de ver el mundo. Por una parte, estaría la fe en los viejos principios de los padres, y, por otra, el materialismo, radicalismo y nihilismo de los hijos, así como la convicción de que la sociedad debe ser transformada.

Merece llamar la atención, no obstante, sobre el hecho de que, a pesar de que Basárov se empeña en mantener esta apariencia de nihilista, escéptico y positivista que tanto desdeña el romanticismo, ningún ser humano puede librarse de sus sentimientos. Negar las propias emociones con el objetivo de demostrar que uno no es un romántico o un sentimental es tan antinatural como pronunciar palabras rusas con acento francés para fingir aristocratismo. Esto es, precisamente, lo que ocurre cuando Basárov se enamora de Madame Odintsova. Al descubrir sus sentimientos, se enfada consigo mismo y procura reprimirse, hasta que finalmente se declara. Ante la fría respuesta de ésta, decide alejarse de ella y volver a casa de sus padres para ejercer como médico de provincias. En lo que Critchley considera un acto de suicidio, Basárov contrae el tifus mientras realiza la autopsia de un campesino infectado. Ya en su lecho de muerte, Basárov hace llamar a Odintsova para confesarle de nuevo sus sentimientos, por eso Critchely interpreta que en la novela el nihilismo es superado por el amor. Aunque, como toda interpretación, la de Critchley es cuestionable, podríamos añadir en favor de su tesis que también Arkadi deja de lado sus ideas nihilistas en contra de las normas sociales, y termina enamorándose y casándose.

NIETZSCHE Y EL NIHILISMO

Es momento ya de que pasemos a tratar la cuestión de la vinculación de Nietzsche con la literatura rusa y de la adopción por su parte del concepto de nihilismo. Ya hemos hecho referencia antes a la novela de Cernyevski, la cual constituyó uno de los principales exponentes del nihilismo ruso con su negación del orden establecido. Pues bien, dicha novela resultó ser todo un éxito entre el público, de modo que atravesó las fronteras rusas, llegando hasta Europa. El crítico literario Ferdinand

Brunetièrre publicó en 1883 “Le roman du nihilisme”, reseña en la que trata el texto de Cernyevsky y que llega a las manos de Nietzsche. También de la novela Padres e hijos de Turgueniev leyó Nietzsche un ejemplar traducido al francés por Prosper Mérimée y Paul Bourget. De este modo, Nietzsche da la formulación y la articulación filosófica del concepto de nihilismo bajo la influencia de la literatura rusa. Critchley considera que, a pesar de la influencia de los rusos en la obra de Nietzsche, es preciso remarcar que éste dota al concepto de nihilismo de audacia y originalidad.

Por nihilismo entiende Nietzsche tres cuestiones distintas, o si lo preferimos, podemos decir que el nihilismo ha tenido tres momentos de existencia distintos, según Nietzsche. En primer lugar, el surgimiento de la moral cristiana constituyó la primera forma de nihilismo, al negar los valores a favor de la vida en pos de unos valores de “moral de rebaño”. Por oposición al mundo material, aparente y falso, el cristianismo postulaba la existencia de un mundo celestial superior, verdadero, y, en consecuencia, de una forma de vida también superior más allá de la terrenal¹⁶. Estas ideas surgen, a dicho con claridad- el mundo fingido y la realjuicio de Nietzsche, como resultado de un proceso que se remonta a Sócrates, que prefirió la muerte antes que la vida, y a Platón, que distingue entre el mundo de las Ideas y el mundo físico, afirmando la superioridad del primero, y la primacía del alma por encima del cuerpo. De este modo, a partir del cristianismo se insiste más que nunca en la defensa de unos supuestos valores de amor al prójimo, desinterés y defensa del débil, urdidumbre de ideas y prácticas que sirve, a la postre, para que el que es naturalmente fuerte pueda ser sojuzgado por aquellos que no lo son, por los débiles:

Al cristianismo se le llama la religión de la compasión. – la compasión es antitética a los efectos tonificantes, que elevan la energía del sentimiento vital: causa un efecto depresivo. Uno pierde fuerza cuando compadece.

Precisamente por este motivo la “moral de rebaño” es calificada por Nietzsche de “decadente”, porque defiende unos valores antitéticos a la vida: trata de desvalorizar el mundo material, que, a fin de cuentas, es el único real y desprecia aquellas cosas que son necesarias para la vida. La Naturaleza ha hecho al ser humano de tal modo que necesita profesar cierto “egoísmo” para poder sobrevivir: es por la voluntad de “preservar en

el propio ser”, por decirlo con Spinoza, es decir, de sobrevivir, y además hacerlo con cierta calidad, que precisamos de alimento, bebida, sueño. Negar los instintos más fundamentales supone negar aquello que posibilita la vida, “instaurar la «antinaturalidad misma»”; valorizar en demasía un supuesto desinterés y un presunto amor al prójimo implica ser incapaz de buscar el provecho para uno mismo con vistas a posibilitar la continuidad de la propia existencia.

El segundo momento del nihilismo adviene con lo que Nietzsche denomina “la muerte de Dios”, punto de inflexión en el que “los valores supremos” han “perdido su valor”, de modo que “falta la meta; falta la respuesta al ‘por qué’”. De esta forma, el sentido y el orden de cosas al que éste da lugar quedan desdibujados. Como consecuencia, aquello que hasta el momento era considerado como valioso y trascendente, se manifiesta ahora como falaz y e insustancial. Los valores derivados de este orden, por tanto, también pasan a ser vistos como valores vacíos, que deben ser desechados y reemplazados por otros distintos. Será necesario, entonces, llevar a cabo una tarea de transvaloración.

Según Nietzsche, la visión del mundo que ofreció el cristianismo fue necesaria en algún momento como antídoto al nihilismo, puesto que sirvió para dar un sentido a la existencia humana, al orden del mundo, y, en definitiva, para evitar consternación que supone llevar adelante una vida sin significado. Ahora bien, la moral cristiana constituye una flagrante impostura, a juicio de Nietzsche, porque da por supuesto que existe un mundo verdadero, el que nos espera más allá de la muerte, mientras que lo terrenal del devenir es poco más que una falsificación. Si bien en algún momento la moral cristiana resultó ser un remedio en momentos de miseria y desesperación, una vez superada dicha época, y gozando ya de un mayor bienestar, dicha moral debe pasar a entenderse como algo ya superado.

Así las cosas, no se puede creer ya en un mundo superior y verdadero situado más allá del mundo del devenir, pero tampoco podemos quedarnos petrificados en este punto, ya que entonces incurrimos en un nihilismo pasivo: la negación de todo valor implica la negación de todo significado, de cualquier sentido de la existencia, y lleva de forma irremisible a la desesperanza y al malestar. Y esto, precisamente, parece ser lo que le ocurre al escéptico Bazárov:

–Entonces –intervino Nikolai Petróvich–, ustedes lo rechazan todo, o dicho con más exactitud, lo destruyen todo. Pero es necesario también construir.

–Eso ya no es cosa nuestra...Primeramente hay que desbrozar el terreno. –O sea –le interrumpió Pável Petróvich–, que ustedes se han convencido de todo y han decidido no emprender nada serio.

–Y hemos decidido no emprender nada serio –respondió Basárov con voz lúgubre. De pronto se sintió enojado consigo mismo por haber prodigado tantas explicaciones ante aquel señor.

–¿Y sólo lanzar impropiedades?

–Y blasfemar.

–¿Y eso se llama nihilismo?

–Y eso se llama nihilismo –repitió Basárov esta vez, con especial insolencia.

Respecto a la cuestión de la falta de sentido, Nietzsche pone de manifiesto que los viejos valores trascendentes no pueden ser sustituidos por cualesquiera valores. Los valores que ensalza el partido político, o aquellos relacionados con el éxito mundano (poder político, beneficio económico, etc.), no son sino los valores de la vulgaridad, es decir, otra forma de valores decadentes. Los jóvenes nihilistas de la novela, por su parte, se empeñan en negar toda suerte de valores de forma continua, aunque ya hemos visto que, aunque sea de modo implícito, sí que asumen o se identifican con algunos, como, por ejemplo, el gusto por lo útil o lo demostrable científicamente. Su lema, no obstante, es el de destruir de manera indiscriminada:

–O sea que el nihilismo debe poner remedio a todo mal y ustedes son nuestros liberadores, nuestros héroes (...). ¿No será que ustedes son también unos charlatanes, como todos? (...) ¡Hum!...Actuar, destruir... –prosiguió –.

Pero, cómo es posible demoler sin saber siquiera por qué?

–Nosotros destruimos porque somos la fuerza (...). Sí, la fuerza que no rinde cuentas –continuó Arkadi enderezándose.

–¡La fuerza! También un calmuco salvaje y un mogol poseen fuerza, ¿y de qué nos sirve? Nosotros amamos la civilización (...). Un pianista, el que aporrea el piano por cinco kopecks cada tarde es más útil que ustedes, porque representa la civilización y no la mogólica fuerza bruta (...). Y finalmente, señores poseedores de la fuerza, recuerden que ustedes son sólo cuatro gatos, mientras que los otros, los que no consentirán que les pisoteen sus creencias más sagradas, los que acabarán por aplastarlos, son millones.

–Si nos aplastan, mala suerte –musitó Basárov –, pero no somos tan pocos como usted se imagina (...). Ya sabe usted que la chispa de un cirio de un kopeck originó el incendio de Moscú.

Efectivamente, los nihilistas no eran tan pocos, a tenor de lo que hemos visto en el segundo apartado de este artículo. Por otra parte, lo que llama especialmente la atención en este fragmento de la novela, es la noción de fuerza. Si bien en Turgueniev es fundamentalmente destructiva, en ella podemos vislumbrar similitudes con lo que más tarde Nietzsche acuñaría como “voluntad de poder”. Desde la perspectiva del “poder” la realidad sería concebida como un conjunto de relaciones dinámicas, en cuya confluencia se sitúa el hombre. Asimismo, el hombre resulta ser el lugar privilegiado en el que se manifiesta el poder, es un poder entre los poderes, puesto que con su capacidad para la acción, para incidir en el mundo, es capaz de ejercer dicho poder. El poder, por otra parte, no es presentado por Nietzsche como una fuerza bruta, sino como una fuerza transvaloradora. La voluntad de poder es voluntad de transvaloración y tiene carácter interpretativo. Para ejercer dicha fuerza, por tanto, será imprescindible el ejercicio de la inteligencia; sin ella no podemos crear, transvalorar, interpretar. La voluntad de poder queda entonces ligada entonces a la libertad

humana, a la posibilidad de crear perspectivas de sentido.

CONCLUSIONES

Para finalizar nuestra exposición, vamos a retomar la cuestión de la falta de sentido, y a ver qué dos alternativas se presentan ante éste problema: la de los jóvenes protagonistas de la novela, que se muestran despreciativos y pasivos ante lo que ocurre a su alrededor, y la de Nietzsche, mucho más proactiva. Simon Critchley señala que la filosofía tiene su origen en la experiencia de la decepción, que, con frecuencia, toma forma de desilusión relacionada con la religión o con la política. En el siguiente fragmento de *Padres e hijos* podemos hacernos una idea de dónde proviene la actitud del nihilista Basárov:

–Verá usted, antes, hace muy poco todavía, decíamos que nuestros funcionarios se dejaban sobornar, que en nuestro país no hay caminos, ni comercio, ni una legislación justa...

–Claro, claro, ustedes denunciaban, ¿no es ése el término? Con muchas de sus acusaciones yo también estoy de acuerdo, pero...

–Después nos convencimos de que no valía la pena charlar y sólo charlar de nuestras úlceras, que eso sólo conduce a trivialidades y al doctrinarismo, vimos que incluso los más inteligentes de nosotros, gente avanzada y audaz, no servía para nada, que nos ocupábamos de problemas absurdos, discutíamos de arte, de la creación inconsciente, del parlamentarismo y del diablo sabe cuántas cosas más, cuando se trata del pan nuestro de cada día, cuando nos ahogan las más absurdas supersticiones, cuando todas nuestras sociedades anónimas quiebran por el único motivo de carecer de gente honesta, cuando esa misma libertad que preconiza el gobierno, tal vez no nos sirva, porque nues tro mujik es capaz de robar a cualquiera con tal de emborracharse en la taberna.

La postura que toma Basárov ante la vida no responde a un deseo de negarlo todo porque sí, por el mero placer de hacerlo, sino a la decepción que siente aquél que observa los fracasos de su sociedad, las patologías que corrompen el mundo, y que, sin embargo, sabe que no hay nada que él

pueda hacer para cambiarlo, siendo todo esfuerzo es inútil y toda propuesta de transformación estéril:

–No comprendo cómo pueden dejar ustedes de reconocer los principios, las reglas. ¿En virtud de qué actúan ustedes?

–En virtud de aquello que consideramos útil –replicó Basárov–. Y en el tiempo actual lo más útil es la negación. Por eso nosotros negamos.

–¿Todo?

–Todo.

–¿Cómo? No sólo el arte, la poesía, sino...da miedo decirlo...

–Todo–Repitió Basárov con indescriptible serenidad.

Y, ¿qué es lo que ocurre cuando se experimenta la desesperanza ante lo que siente como un fracaso de elementos configuradores de sentido en la vida de los seres humanos como la religión y la política? Que sobreviene el problema del significado. En ausencia de creencias religiosas, si éstas siempre han determinado el sentido de la vida humana, surge la pregunta por la interpretación de esa vida, por el valor que posee y por la orientación que debe tomar. Algo similar ocurre con el orden político, cuando se toma conciencia de que la distribución, regulación y funcionamiento de la sociedad no son justos, puesto que unos son los que dominan y otros son los dominados. Esto es lo que hemos visto que ocurrió, precisamente, en el contexto en el que Turgueniev y Nietzsche desarrollaron su pensamiento. La muerte de Dios trae consigo también la muerte de todos aquellos principios, ideales, normas, fines y valores que determinaban un sentido único y cerrado para la vida de los seres humanos. Por otra parte, en esta época muchos toman ya conciencia de la gran injusticia que supone el reparto de la riqueza vigente. Las estructuras sociales, ajenas a los cambios que ya se están sucediendo a una gran velocidad en los ámbitos de la ciencia, la tecnología y la industria, siguen

perpetuando un sistema anclado en el pasado. No sorprende, por tanto, la actitud de rechazo de muchos jóvenes ante tal coyuntura social, ni tampoco las sucesivas explosiones revolucionarias que con tanta frecuencia se dan. Por decirlo con J. Conill, el nihilismo surge a causa de este desengaño: “se desconfía en el «sentido» de la existencia, (...) «como si todo fuese en vano». «El mundo ya no tiene ningún sentido». Es preciso, en consecuencia, dar un nuevo sentido al mundo.

Ya hemos visto que para Nietzsche, cuestiones tales como Dios o el sentido trascendente de la verdad deben ser desechados. ¿Qué habrá que entender entonces por verdadero, bueno y auténtico? Pues aquellos valores que impulsen al hombre a superarse para que emerjan formas superiores de voluntad de poder, es decir, aquellos valores que favorezcan la vida y la voluntad de poder. La falsedad de un juicio, dice Nietzsche, no puede ser para nosotros una objeción contra el mismo, sino que quid de la cuestión reside en saber si dicho juicio favorece realmente la especie, la conservación de la vida. La voluntad de poder promueve la superación, pero ¿Cómo puede superarse el estado de cosas vigente? A través de la valoración, porque valorar implica necesariamente crear. Para crear es preciso «aniquilar» y «dominar», en primer lugar, “y lo que impulsa e induce a todo ello es la voluntad de poder como fuente de vida, es decir, de autosuperación”. Nietzsche concibe la vida como experiencia agonal: experiencia de la lucha, del dolor y placer, de la victoria y la derrota, de las fuerzas fuertes y débiles. En la vida real existe una lucha por el poder entre la voluntad fuerte y la voluntad débil. La voluntad fuerte es la voluntad de superación, voluntad de “poder más, poder mejor, poder todo lo posible”. La voluntad fuerte dice sí a la vida y lucha por acrecentar su poder. Sigue el camino de la superación constante a través de la voluntad creadora.

La transvaloración supone, de este modo, “un impulso constructivo, positivo, creativo, que tiene también que ser activo”.³¹ Para superar la crisis nihilista en la que la existencia ya no tiene sentido es necesario que surja un nuevo hombre, que logre instaurar un nuevo significado y que sea capaz de dominar el mundo: el superhombre. El superhombre no sólo critica los valores decadentes, sino que da una nueva interpretación a todo acontecer, transvalorando todos los valores de manera proactiva y creativa, constituyendo el tercer y último momento del nihilismo: el «nihilismo activo». El nihilismo, por tanto, posee ciertamente una faceta destructiva,

como la que toman los protagonistas de la novela de Turgueniev, que desemboca en “una crisis en la que hay que «recapacitar», pero cuyo desenlace se ignora”. Pero también posee otra faceta constructiva, que constituye una oportunidad para llevar a cabo una transformación, y esta es, precisamente, la que nos muestra Nietzsche.

E/W